



Al igual que el tercer domingo de Adviento, llamado *"Gaudete"*, el cuarto de Cuaresma se le denomina *"Lætare"* por el incipit latino de la antífona de entrada de la celebración eucarística, que está tomada del profeta Isaías y que dice así: **"Alégrate, Jerusalén, reuníos todos los que la amáis"** cfr 66,10-11.

Este texto nos recuerdan que nos acercamos al gozo de la Pascua. Es la dicha que se paladea al inicio de la Vigilia Pascual en el hermoso canto del *"Exultet"*; auténtico anuncio en el que se hace una clara invitación: *"Alégrese también nuestra madre la Iglesia, revestida de luz tan brillante"*. Pero, de igual modo, se pide que nos reunamos. En la Roma de los grandes Padres de la Iglesia, tal reunión se llevaba a cabo en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén. En ella se venera un trozo de la gloriosa Cruz, y Jerusalén es la imagen de la Iglesia que se regocija ante la multitud de catecúmenos, que pronto serán bautizados. Este ambiente de alegría dejó su huella en la liturgia papal; desde el siglo XI está marcado por una celebración singular: la bendición de la *"Rosa de Oro"*.

Se desconocen los orígenes de esta costumbre, pero parece que en Constantinopla, el tercer domingo de Cuaresma, se celebraba una fiesta en honor al Santo Madero al que se pagaba un tributo de flores. En Roma quisieron imitar este bello gesto y, en el domingo cuarto de Cuaresma, el Papa acudía a esta Basílica sosteniendo una rosa dorada – perfumada– con la que pretendía rendir el mismo

respeto a la insigne reliquia. Es lo que había hecho María Magdalena en la comida de Betania, cuando ungió los pies de Jesús con precioso perfume. Este gesto papal hizo que a este domingo se le llamase *"domingo rosa"*, y que la ropa litúrgica fuese del mismo color y los altares se revistiesen de flores.

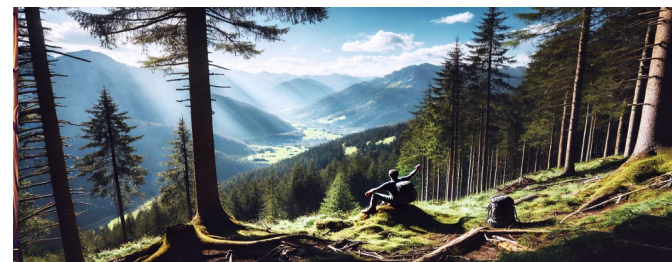


El papa Inocencio III, refiriéndose a esta práctica, escribió: *"así como el domingo **"Lætare"** anuncia el triunfo del amor sobre el odio, la alegría tras el dolor y la saciedad después del hambre, -es el triunfo de la pascua- la rosa representa por su color y su olor, el amor y la alegría desbordante"*, y el evangelio de este día, el del hijo pródigo, es la fuente del mayor gozo. En la casa de aquel buen padre, no hay padre mejor que el buen Dios, se inauguró una nueva forma de vida: ya no como esclavos sino como hijos. Una experiencia similar a la del pueblo de Israel (*primera lectura*) que, después de 40 años en el desierto, toma posesión de la tierra prometida, donde ya no comerá con la precariedad de un extranjero, sino que se alimentará con los frutos de la casa, cultivados por ellos mismos (v. 12).

Los dos verbos en el fondo del relato del evangelio son **"perder"** y **"encontrar"**. Todos estamos lejos de nosotros mismos, de los demás y de Dios, necesitamos de volver a casa; todo perdido, en las exigencias desmedidas de nuestro ego, en las ilusiones efímeras de la sociedad en la que estamos, en afectos desordenados o simplemente en nuestros miedos y fragilidades.

Pero, sobre todo, somos mendigos de abrazos, de seguir sintiendo la emoción de ser queridos y acogidos sin que nadie nos pida cuentas. Sentir la caricia de una palabra que nos toca el alma llenándonos de gozo. Y Dios, misericordia infinita, es el que busca a los perdidos y espera nuestro regreso con añoranza: un Padre que nos ve *"cuando aún estamos lejos"*.

*"El mundo de los hombres puede ser cada vez más humano, sólo si introducimos en el ámbito multiforme de las relaciones interhumanas y sociales, junto con la justicia, ese **'amor misericordioso'** que constituye el mensaje mesiánico del Evangelio"* (*Dives in misericordia*, 14). Ciertamente estas palabras del evangelio, que rezuman vida, piden silencio y saboreo interior a fin de que nos empapen por dentro. El mundo necesita aires de misericordia, y estos se nos ofrecen en el **"monte"** del evangelio donde siempre se respira este aire fresco.



"¿Quién eres tú, oh mi dulcísimo Dios? ¿Qué soy yo, vil gusano e inútil siervo tuyo?" Se preguntaba san Francisco en oración humilde. Estas dos preguntas deberían de estar siempre presentes en el corazón de toda persona que busca conocer a Dios.

San Agustín, con claridad se dice así mismo en diálogo también orante: *"Conózcate a ti, conocedor mío, conózcate a ti como soy por ti conocido"*. Y Él nos conoce siempre en un marco de ternura entrañable.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor:

que los humildes lo escuchen y se alegren.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre.

Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias.

Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará.

Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias.

Dios revela Su Nombre para que podamos tener con él un diálogo orante. El salmo responsorial, depositado en el corazón de la Iglesia por el Espíritu Santo, nos invita en este día a gustar lo bueno que es el Señor.

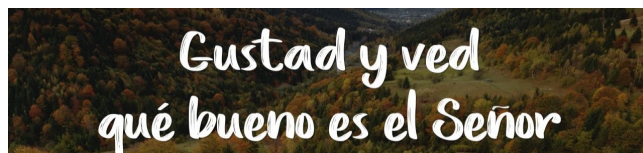
¿Dónde "gustamos" que el Señor es bueno? Para la cultura bíblica el gusto implica un conocimiento, no sólo intelectual sino sapiencial, que involucra a la persona en su totalidad. El latín también tiene esta dimensión que parece ausente en muchas lenguas modernas: las palabras que indican 'saber' y 'gustar' tienen la misma raíz: "*sapere*". De ahí que saber algo es probar su sabor, sentir su efecto en el cuerpo.

Santo Tomás hablará de la sabiduría como de una ciencia sabrosa (*Discitur sapientia, sicut sapida scientia*). Se trata para él de un saber especulativo,

como la ciencia, pero que tiene una repercusión afectiva, un especial gusto o sabor, es literalmente «*un saber con sabor*».

La deliciosa "comida" que se nos prepara, para que podamos "gustar" que el Señor es bueno, es su Palabra en la que saboreamos su misericordia. Como es sabido, en la Biblia, la comida es el momento en que Jesús enseña, sana, encuentra a menudo a las personas que quieren escucharlo.

No es casualidad que el acontecimiento central de la redención, que es la muerte y resurrección de Cristo, nos sea anunciado también a través de una comida: el sacramento de la Eucaristía, que es signo de la bondad y la misericordia de Dios que en Cristo dio su vida por nosotros.



En la mesa de la Palabra de Dios encontramos alimentos que no sólo son muy buenos, sino también muy nutritivos: alimentan nuestra fe con el anuncio del evangelio de la gracia y la liberación, alimentan nuestra esperanza con el anuncio del Reino de Dios que es reino de justicia y de paz, alimentan nuestro amor con el ejemplo y las enseñanzas del mismo Jesús.

De ahí que San Gregorio Magno dirá: "*Cuando los Testamentos de Dios empiezan a resonar en el oído del corazón, el espíritu del oyente, tocado (compunctus) en el amor más vivo, se conmueve hasta las lágrimas. Así es como las palabras de la Sagrada Escritura se vuelven sabrosas en el corazón de quien las escucha*"

En la fuente de agua viva

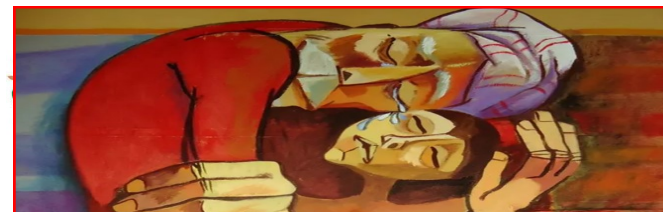
Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO IV DE CUARESMA "C"

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Josué 5, 9a. 10-12

Entonces dijo el Señor a Josué: «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto». Los hijos de Israel acamparon en Guilgal y celebraron allí la Pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó. Al día siguiente a la Pascua, comieron ya de los productos de la tierra. Los hijos de Israel ya no tuvieron maná, sino que ya aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.



Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes... el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad... Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre... Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos..."